

LA INFLUENCIA DE LOS FACTORES EXTERNOS EN EL SURGIMIENTO DE LA VIOLENCIA POLÍTICA EN COLOMBIA EN LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX¹

The influence of external factors on the rise of political violence in Colombia in the second half of the twentieth century

Roberto SANCHO LARRAÑAGA

Departamento de Historia Moderna y Contemporánea, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza

BIBLID [(2003) 19-20; 295-315]

RESUMEN: Este artículo contextualiza el surgimiento de la violencia política en Colombia en la segunda mitad del siglo XX. El autor defiende la hipótesis de que el Ejército de Liberación Nacional —ELN— surge por una combinación de factores internos y externos, pero fueron estos últimos fundamentales. La metáfora que explicaría este fenómeno social sería que los factores externos o el ambiente internacional fueron la «chispa», la que haría tomar conciencia a las organizaciones socialistas o comunistas nacionales de sus posibilidades; y que prendería en unas condiciones internas favorables —«la pradera»—, tanto por la deslegitimación de los sistemas políticos vigentes como por la situación económico-social de la mayoría de la población, por las condiciones geográficas del país que permitían una práctica óptima para la guerra de guerrillas o por la situación de represión.

Palabras clave: violencia política, Colombia, ELN, guerrillas, represión.

1. Este artículo forma parte de la investigación realizada por el autor a raíz de la obtención de una beca en la Universidad Industrial de Santander —Colombia—, para cursar estudios en la Maestría Internacional en Historia; y de la posterior tesis de maestría titulada *Violencia política, guerrilla y terrorismo: Una perspectiva comparada de Colombia y España, ELN y ETA, (1959-1982)*, texto inédito.

ABSTRACT: This article puts into context the rise of political violence in Colombia in the second half of the twentieth century. The author defends the hypothesis that the Army of National Liberation —ELN— came into being as a result of a combination of internal and external factors, the latter being fundamental. The metaphor that would explain this social phenomenon is to consider the external factors or the international atmosphere as the «spark» that would make the domestic Socialist or Communist organizations become aware of their possibilities, which would then ignite under favourable internal conditions —the discredited prevailing political systems, the social-economic situation of the majority of the population, the geographical conditions of the country that permit optimum practice of guerrilla warfare and the repressive situation.

Key words: Political violence, Colombia, ELN, guerrillas, repression.

Este artículo se acercará al análisis de las condiciones históricas, en concreto a los factores externos, que han provocado la difícil situación actual de violencia en Colombia y España. Este esfuerzo puede permitir, en principio, un mejor conocimiento de las respectivas problemáticas sociales y políticas vividas por ambas sociedades: el surgimiento y consolidación en España, del grupo armado Euzkadi ta Askatasuna, E.T.A.; y en Colombia, del Ejército de Liberación Nacional, E.L.N.². Recordemos que en estos dos países se encuentran actualmente los dos procesos de violencia política más antiguos de Europa y América Latina. El primer objetivo de esta investigación sería, entonces, el acercamiento de dos mundos tan distantes y tan cercanos, con el consiguiente conocimiento mutuo de la parte más oscura de su historia reciente. ¿Y por qué estudiar el período fundacional de estas organizaciones? Porque creemos que es en este momento donde se crean unos rasgos fundamentales —vanguardismo, militarismo, autoritarismo...— en esos grupos armados que perdurarán a lo largo de su historia y que la condicionarán en gran medida. Son estas características que se conforman en los primeros años de ETA y del ELN las que determinan en gran medida que la violencia armada continúe utilizándose como instrumento político por esas organizaciones.

El intento de darle una perspectiva histórica al fenómeno de la violencia política, de la guerrilla o del terrorismo, la búsqueda de sus raíces o causas históricas, así como su posterior evolución, surge de la constatación de que muchos de los análisis que se realizan sobre el tema dejan en un segundo plano o descartan esas causas históricas y presentan los acontecimientos como si fuesen elementos surgidos por «generación espontánea», lo que dificulta al público la comprensión del

2. El ELN es el segundo grupo guerrillero en importancia en Colombia, actualmente dispone de 32 frentes y más de 6.000 combatientes, frente al primer grupo guerrillero que son las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército Popular, FARC-EP que cuenta con más de 60 frentes y unos 15.000 combatientes. La presencia de la guerrilla en Colombia se extiende por tres cuartas partes del país, con incidencia directa en más de 569 municipios del país, que son más de la mitad del total.

fenómeno. En este punto podemos destacar los análisis coyunturales que se realizan muchas veces en los medios de comunicación con motivo de las acciones violentas de estos grupos armados. Aunque nuestra posición no es sostener que la solución al conflicto armado pasa, fundamentalmente, por la desaparición de las causas que dieron origen a la lucha armada —postura mantenida por las organizaciones involucradas en actos violentos—, sí que creemos que una mejor comprensión histórica del fenómeno de la violencia política, indudablemente tiene que ayudar a un mejor planteamiento de la realidad del problema y, tal vez, permita una posible solución. Como afirma María Victoria Uribe: «Comprender la violencia como condición previa para conseguir la paz...»³.

Y es que, en este caso más que en ninguno, de lo que se trata es de «conocer para comprender», dado que la losa, los tabúes que levantan estos temas hacen muy difícil su conocimiento y, por ende, su comprensión; en definitiva, su solución como problema social y es aquí donde los científicos sociales tenemos una enorme responsabilidad. Como recuerda Santos Juliá: «De lo que se trata es de que una comunidad política de ciudadanos libres no puede construirse sobre la censura del pasado...»⁴, y del presente podríamos añadir. Los ciudadanos como los científicos sociales no podemos ser «avestruces» y pensar que escondiendo la cabeza en la tierra se solucionarán los problemas, tenemos que encontrar soluciones y éstas pasan por un conocimiento previo de las situaciones: sólo comprenderemos el presente y avanzaremos hacia el futuro mirando hacia atrás y analizando el camino que hemos recorrido.

Mitxel Unzueta nos previene de otro peligro cuando afirma que «Cada día hay demasiada pasión; cada día es más difícil hacer una valoración razonablemente objetiva o, al menos, válida. Reducir el tema de ETA a una especie de comportamiento estanco, que es tanto como empeñarse en ignorar todo el cúmulo de circunstancias (muchas de ellas a su vez violentas) que provocan su aparición, es la causa fundamental que lleva a la desesperante conclusión de no llegar nunca a una fijación de bases realistas; a la postre condena a la ineficacia probada de las medidas que se adoptan, dentro de la tradicional política de saltos y sobresaltos»⁵. A este confuso planteamiento de la realidad ayuda también la mala definición, incluso en muchos casos, la total ausencia de interés por definir el fenómeno; existiendo una gran confusión entre conceptos como violencia política, terrorismo, guerrilla, insurgencia, delincuencia común... que ensombrece mucho más el análisis y la solución del problema.

3. Así comienza su libro URIBE, María Victoria: *Matar, rematar y contramatar*. Bogotá: Cinep, 1990, p. 11.

4. SANTOS JULIÁ: «Rastros del pasado», *El País*, domingo 25 de julio de 1999, p. 15.

5. MITXEL UNZUETA: «Claves para comprender una situación». En REINARES, F.: *Violencia y política en Euskadi*. Bilbao: Desclee de Brouwer, 1984, p. 19.

Terminemos con las palabras del filósofo Fernando Savater:

Los etarras no son extraterrestres llegados de otro planeta para hacer el mal, sino jóvenes educados en el fanatismo étnico, en el odio a más de la mitad de sus conciudadanos y a todo lo considerado «español», jóvenes a quienes se ha imbuido una historia distorsionada y una antropología demencial que les hacen creerse víctimas y les convierten así en verdugos⁶.

Estas frases resumen por un lado la importancia de la historia en este delicado tema y, por otra, la distorsión que tiene parte de la población, especialmente los jóvenes que han nacido a partir de los años 70, que han crecido en un ambiente constitucional democrático y que no comprenden la situación social planteada por el terrorismo de ETA. Para ellos los etarras no dejan de ser extraterrestres. Una situación parecida se vive entre la juventud colombiana frente a la desbordante realidad social que la rodea.

LOS FACTORES EXTERNOS O «LA CHISPA QUE ENCIENDA LA PRADERA»

El debate sobre la influencia de los factores externos e internos en el nacimiento del ELN y de otros grupos armados en Colombia y el resto de los países en la década cincuenta y comienzo de los años sesenta, puede ir paralelo con otros debates sobre el mismo tema en otros períodos trascendentales de la historia. En el caso de Colombia y el resto de países latinoamericanos se podría hacer un símil con los debates en torno a los procesos de Independencia de estos países. Según las últimas investigaciones, la Independencia de estas naciones no se puede separar de la importancia que algunos factores externos tuvieron en el período, en especial, de la exportación napoleónica de la Revolución Francesa, la derrota de Napoleón, del Congreso de Viena o de la creación de la Santa Alianza. Sin la invasión napoleónica de la Península Ibérica, sin la crisis monárquica de las abdicaciones regias de 1808, hubiese sido muy difícil que la consumación de las independencias americanas se hubiesen llevado a término. Fue la crisis provocada en el centro del imperio español derivada de un factor externo —la invasión napoleónica—, lo que llevó a replantear la estructura política global y lo que acabó provocando la desintegración del Imperio. Algo muy similar a lo sucedido a otros imperios como el romano, y más cercano a nuestros días, el imperio soviético.

El análisis de la historia de Colombia, como de España y del resto de los países del mundo, no se puede sustraer a las crisis sistemáticas que se dan en el orden internacional, sean éstas las guerras napoleónicas, la Primera o la Segunda Guerra

6. Éste es parte del texto del discurso leído el 13 de diciembre de 2000 por el filósofo Fernando Savater, en nombre de la iniciativa ciudadana ¡Basta Ya!, al recoger el Premio Sajarov de Derechos Humanos y Libertad de Expresión que concede el Parlamento Europeo.

Mundial, las crisis económicas o el fin de la Guerra Fría. Así opina, por ejemplo, Carlos Medina:

El ELN surge como resultado del impacto de la revolución cubana, como una organización político militar, inscrita en la modalidad de lucha insurreccional, en el marco general de la concepción del foco guerrillero guevarista. Se construye como organización con un mando único político-militar centralizado y sin una estructura organizativa de carácter amplio a manera de partido político.

Frente a estas características,

Las FARC surgen como una organización de autodefensa campesina con alguna tradición de lucha heredada de la violencia de los años cincuenta, unidas a la estructura política del Partido Comunista de la que usufructúa su amplia experiencia en el trabajo de masas⁷.

Como podemos comprobar, Carlos Medina destaca los factores externos —situación internacional— a la hora de explicar el surgimiento del ELN, todo ello sin menoscabo de los determinantes factores internos; lo contrario sucedería con las FARC, donde la problemática interna —nacional, regional y local— sería determinante como explicación de la creación de esta organización⁸.

También apoya esta tesis Jaime Arenas, cuando comienza su importante libro con el siguiente párrafo: «Es indudable que el triunfo de la revolución cubana marcó el inicio de una nueva etapa en la lucha revolucionaria de los pueblos de América Latina por la conquista de su liberación definitiva. Hasta ese momento la toma de poder por los revolucionarios y la consecuente construcción de una sociedad socialista no se habían presentado como posibilidades inmediatas, no figuraban por lo tanto en el primer punto del orden del día de los partidos o agrupaciones marxistas»⁹.

Esta misma hipótesis es la que estamos defendiendo en nuestro trabajo: en el nacimiento del movimiento armado eleno incidieron tanto factores internos como externos¹⁰, pero fueron estos últimos fundamentales y los que nos pueden explicar la

7. MEDINA GALLEGU, Carlos: «Elementos para una caracterización de diferencias entre el ELN y las FARC», p. 2, documento inédito. Otros textos del autor sobre el tema son: *ELN: una historia contada a dos voces*. Bogotá: Rodríguez Quito Editores, 1996 y *Elementos para la construcción de una historia de las ideas políticas del Ejército de Liberación Nacional, ELN*. Tesis Maestría Universidad Nacional. Texto inédito. Bogotá. Este autor es un claro ejemplo, con dos intentos de atentado, de que la profesión de historiador en Colombia es un «oficio de riesgo».

8. Según Pizarro, las FARC serían expresión de una de las más largas guerras campesinas del siglo, con claras connotaciones internas pero fomentada también, por la llegada de visiones geopolíticas de un comunismo foráneo. Sobre el tema, se puede consultar el libro de PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo: *Las FARC (1949-1966). De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1991. También, ARANGO, Carlos: *FARC, veinte años. De Marquetalia a La Uribe*. Bogotá: Ediciones Aurora, 1984.

9. ARENAS, J.: *La Guerrilla por dentro. Análisis del ELN Colombiano*. Bogotá: Tercer Mundo, 1971, p. 7. Este libro es el testimonio de uno de los primeros ideólogos y fundador del ELN, asesinado por la organización posteriormente por disidente.

10. Sobre esta distinción trabajó PIZARRO, Eduardo: «La guerrilla revolucionaria en Colombia». En SÁNCHEZ, G. y PEÑARANDA, R. (eds.): *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC, 1986, pp. 391-411.

emergencia en muchos países del planeta del fenómeno de la violencia política en la década de los años sesenta. Los factores externos o el ambiente internacional sería la chispa, la que haría tomar conciencia a las organizaciones socialistas o comunistas de sus posibilidades; y que prendería en unas condiciones internas favorables —la pradera—, tanto por la deslegitimación del sistema político como por la situación económico-social de la mayoría de la población o por las condiciones geográficas del país que permitían una práctica óptima para la guerra de guerrillas.

La situación internacional en la cual surgen las organizaciones armadas durante la década de los años sesenta y comienzos de los setenta explica, en gran medida, la emergencia de gran cantidad de «revoluciones» en todo el mundo y el ambiente de simpatía con el que se encuentran entre los ambientes intelectuales de todo Occidente. Los modelos de guerra anticolonial de liberación y de colonialismo interno, las enseñanzas de Mao Tse-tung de cómo realizar estas guerras de liberación contra un enemigo superior, el éxito revolucionario de Argelia, Cuba, la guerra antiimperialista de Vietnam, el ejemplo de la Revolución China; las leyendas personales de Mao o del Che, la mitificación del FLN argelino; el ejemplo del Movimiento de Liberación Nacional «Tupamaros» de Uruguay¹¹; la defensa de la violencia como medio para la emancipación psicológica del individuo, realizada por Frantz Fanon¹²; las enseñanzas de Marighella¹³ para la realización de actividades de guerrilla urbana... Todo ello, proporcionó a los promotores de los grupos armados un legado para confeccionar su propio imaginario social, ideológico para guiarlos en la práctica de métodos de lucha; estos modelos ayudaron también a interpretar la propia realidad interna del país y animaron a muchos jóvenes a unirse a la lucha armada.

En concreto, en América Latina, hay una «primera ola revolucionaria» cuyo «faro ideológico» sería la Revolución Cubana de 1958; posteriormente, la zona asistía a una «segunda ola revolucionaria» que tendrá como modelo la Revolución Sandinista en Nicaragua. La gran diferencia entre estos dos períodos de marejada revolucionaria en el continente americano viene marcada por la diferente concepción de los medios a seguir para conseguir los objetivos revolucionarios: la primera oleada estaría marcada por la concepción del foco guerrillero o vanguardia armada cuyo cometido es crear las condiciones para la revolución; Nicaragua supuso, por su parte, la constatación de que la creación de un extenso frente de masas era el medio para obtener la esperada transformación social, dada la

11. En aquella época se podía acceder a obras como la de GIILIO, María Esther: *La Guerrilla Tupamara*. La Habana: Casa de las Américas, 1970 o de COSTA, Omar: *Los Tupamaros*. México: Era, 1972.

12. Influirá en el activismo armado de inspiración tercermundista con su obra: *Les damnés de la terre*. París: Maspero, 1982.

13. Tendrá mucha influencia a través de su conocido libro: *Acción Liberadora Nacional, minimanual del guerrillero urbano*. París: Maspero, 1970.

experiencia acumulada en los últimos años de lucha revolucionaria y la asimilación de la teoría maoísta de la «guerra popular prolongada»:

La revolución cubana es un ejemplo histórico de cómo hacer revolución en países dependientes, al partir de sus raíces nacionales y con clara voluntad de poder trazar una estrategia de guerra de guerrillas y de lucha de masas, que concreta en forma exitosa las consignas de liberación nacional y socialismo, con base en la movilización del campesinado y algunas capas urbanas. Son incuestionables los logros de la revolución cubana en el bienestar del hombre: salud, educación, deporte y cultura y sus contribuciones en la lucha anti-imperialista, el internacionalismo y la autonomía para definir su futuro. En ese mismo camino la revolución sandinista desarrolla otros aspectos como la combinación de la insurrección y la guerra, la dirección colectiva del proceso, la participación de los cristianos en la revolución, las ideas de poder popular y un manejo flexible del contexto internacional y del pluralismo político¹⁴.

En América Latina, el triunfo de la Revolución Cubana significó el derribo de los prejuicios y dogmas políticos establecidos por los partidos comunistas ortodoxos, lo cual supuso un estímulo para la formación de nuevos grupos políticos al margen de los partidos comunistas nacionales. La victoria revolucionaria cubana condujo a la idealización de las acciones militares como medio de obtener poder político, y creó un imaginario social donde la revolución socialista era un problema de heroísmo, decisión personal, espíritu de sacrificio y de una concepción «monacal» de la vida guerrillera. La Revolución Cubana zanjó, en apariencia, la discusión sobre las condiciones para realizar la revolución socialista; demostraba que si estas no existían, sería la vanguardia o el foco insurreccional el encargado de crearlas. La forma de destruir el Estado capitalista y sus medios coercitivos era la guerra de guerrillas librada en zonas rurales propicias estratégicamente, que serían el núcleo del futuro ejército popular que establecerá el Estado socialista. Ésta era la gran lección que dio la Revolución Cubana a la izquierda latinoamericana. Toda línea política que no siguiera estos presupuestos, no era verdaderamente revolucionaria y, por tanto era, despreciada. Lo que llevó a una mala interpretación de las condiciones nacionales por parte de cada grupo armado, porque la Revolución Cubana también había servido para que los Estados latinoamericanos dirigidos por EE.UU. fuesen el eje de la lucha anticomunista a través de estrategias como la Alianza para el Progreso que intentaba desactivar el potencial revolucionario de los países latinoamericanos. Estas nuevas condiciones internacionales auspiciadas por EE.UU. es una de las causas del fracaso de la toma del poder por los grupos insurgentes, porque la experiencia cubana fortaleció la vigilancia de los Estados latinoamericanos a través de la doctrina continental de la «Seguridad Nacional» fundada en la percepción del «enemigo interior», que adelantó acciones de carácter preventivo contra los sectores de la izquierda latinoamericana para cortar su desarrollo. Este

14. Conclusiones II Congreso Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional, *Poder Popular y Nuevo Gobierno*. Colombia: Ed. Colombia Viva, Dirección Nacional UCELN, 1990, pp. 213-214.

elemento es fundamental también, en el surgimiento de las FARC el 27 de mayo de 1964 cuando comenzaron los operativos militares contra Marquetalia auspiciados y asesorados por EE.UU. bajo el conocido «plan LASO» (Latin American Security Operation); claro ejemplo de respuesta continental al crecimiento del comunismo en la región¹⁵.

El foco insurreccional fue el elemento que caracterizó el surgimiento de la mayoría de las organizaciones armadas socialistas en la década de los sesenta. Sus postulados se basaban en los «Principios generales de la lucha guerrillera» expuestos por Ernesto «Che» Guevara¹⁶, donde sintetiza las contribuciones que la experiencia revolucionaria cubana puede aportar a los procesos revolucionarios en otros países. Esta enseñanza se basaba en tres pilares: 1) la guerra tenía que llevarse al ámbito rural, al campo, fundamentalmente porque los países subdesarrollados se caracterizaban por ser sociedades agrarias tradicionales donde el peso de la industria, y por consiguiente del proletario, era inferior; 2) la experiencia cubana demostraba que se podía vencer a un ejército regular y profesional; 3) se necesitaba un «foco insurreccional» representado por la «vanguardia revolucionaria o guerrillera» que fuese el «pequeño motor» que crease las condiciones precisas para la realización de la revolución socialista. Jaime Arenas resume cómo el ELN ha entendido la teoría del foco y cómo la aplica:

El presupuesto del que se parte es creer que existen las condiciones políticas necesarias para el desarrollo exitoso y la consecuente victoria de la lucha revolucionaria popular. Por consiguiente la paciente tarea del trabajo y de la organización política no se hace necesaria ni se considera primordial, ya que basta la actividad del foco guerrillero para sacar a flote tales condiciones. Así pues, cumpliendo una función militar, se está cumpliendo también, por consiguiente, una misión política. En esa forma se atrae principalmente a sectores juveniles ya politizados, quienes se vinculan a la lucha en forma disciplinada y directa y se rompe el miedo y el temor de las masas al demostrarles que se puede luchar y vencer, que el enemigo es vulnerable. De ahí la importancia que se concede a la denominada propaganda armada. Como existen todas las condiciones políticas, un puñado de valientes, honestos y decididos, pueden adelantar la lucha y generar un gran movimiento de masas que arrebatte el poder a la burguesía. Por lo tanto todos los esfuerzos deben encaminarse al apoyo y consolidación del foco. Lo demás vendrá por añadidura, como lógico resultado de la actividad guerrillera. Por eso el trabajo político y organizativo es secundario. Lo importante es la ayuda logística y la superación de problemas tácticos con miras a lograr la supervivencia y estabilidad del foco¹⁷.

A partir de la Revolución Cubana y a lo largo de toda la década de los años 60, con la fundamentación ideológica de las tesis de Ernesto «Che» Guevara y de

15. Consultar PIZARRO, Eduardo: *Las FARC*, pp. 167-169 y GILHODES, Pierre: «El Ejército colombiano analiza la violencia». En SÁNCHEZ, G. y PEÑARANDA, R. (eds.): *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC, 1986.

16. GUEVARA, Ernesto: «La guerra de guerrillas», *Obras, 1957-1967*, t. I. La Habana: Casa de las Américas, 1977.

17. ARENAS, J.: *La guerrilla...*, p. 171.

Regis Debray, la lucha revolucionaria de muchas organizaciones de izquierda se orientó hacia la instauración del «foco armado insurreccional», como elemento de vanguardia dinamizador de la pretendida revolución social. En especial muchos sectores urbanos ligados a los ambientes universitarios y obreros vieron la necesidad de instaurar esta modalidad de acción política. En la mayoría de los países de América Latina surgieron movimientos de este tipo: desde el Ejército de Liberación Nacional (ELN) creado en 1966 en Bolivia por el propio «Che» Guevara; los famosos Tupamaros de Uruguay; en Perú surgirán tanto el Ejército de Liberación Nacional (ELN) como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) creado en 1963; en Guatemala asistimos al surgimiento en 1962 de las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR); en Nicaragua comienza a actuar el Frente Sandinista de Liberación Nacional; en Argentina en 1964 surge el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP)... Situaciones parecidas suceden en países como Brasil o en Colombia, donde el ELN es su mayor exponente. Como recuerda Felipe Martínez: «En esa década, las guerrillas que surgen en toda la cordillera de los Andes se basaban en algunas experiencias generales de la revolución cubana y los conocimientos que proporcionaba el libro de Debray: *Revolución en la Revolución...* Esa fue nuestra cartilla de cómo montar una guerrilla»¹⁸.

Otro factor internacional decisivo fue la división de la izquierda internacional en los primeros años sesenta, debido al choque de las concepciones china y soviética sobre la lucha socialista. Esta división llevó al enfrentamiento de sectores de la izquierda en la mayoría de los países, con especial repercusión en América Latina. Las discusiones discurrieron en torno a la vía a utilizar para conseguir la revolución, a los medios y el uso de la violencia revolucionaria; y terminó en la diferenciación entre posturas calificadas de reformistas o revolucionarias.

La emergencia en los primeros años 60 de lo que se conoció como «nueva izquierda», «izquierda revolucionaria» o «izquierda radical» en la mayoría de los países enlaza, a pesar de su diversidad ideológica, con un cambio generacional y con un enfrentamiento directo contra el representante histórico de la izquierda, el Partido Comunista de cada país; frente a éste se rechaza cualquier forma de compromiso que no suponga un cambio radical de las estructuras de la sociedad. Otra característica de esta «nueva izquierda» va a ser la asunción de los medios violentos como una opción clara para conseguir los objetivos de la revolución, en contra de las posturas moderadas de los partidos comunistas ortodoxos. Las experiencias revolucionarias de muchos países del tercer mundo reactivan la discusión sobre la posibilidad de realizar en cada país la «lucha armada revolucionaria».

Generalmente, la estrategia del Partido Comunista es la lucha por las libertades sociales y políticas dentro de posturas pacíficas que buscan el cambio a través de la reconciliación nacional o del pacto con sectores de las clases medias, de la

18. HARNECKER, M.: *Unidad que multiplica: entrevista a dirigentes máximos de la Unión Camilista Ejército de Liberación Nacional*. Quito: Quimera Editores, 1988, pp. 31-32.

iglesia, del ejército... Frente a esta postura se revelaron pronto sectores ligados a los movimientos estudiantiles que exigían una radicalización de la lucha tanto en los objetivos como en los métodos a utilizar. Los PCs —Partidos Comunistas— tenían capacidad de movilización por su tradición de lucha pero intentaban que estas posibles movilizaciones discurrieran dentro de unos cauces moderados. Los llamamientos a la revolución, al uso de las armas... eran para ellos «verbalismo revolucionario» o posturas «pequeño-burguesas» en contra de la verdad proletaria de siempre representada por el PC. Para las nuevas generaciones de comunistas estos planteamientos del Partido eran descalificados como «reformistas» o «traidores a la causa». La izquierda radical surge en los países como reacción al capitalismo y a sus representantes locales, las burguesías nacionales, pero también contra la burocratización de los PCs.

Por otro lado, la institucionalización del partido —PC— los había vuelto estructuras rígidas, sustentadas en la infalibilidad de su aparato y de su ideología; todo ello, bañado de un extenso dogmatismo y una estructura piramidal auténticamente autoritaria. Estas características alejaron a los partidos comunistas de las «nuevas sensibilidades» y a nuevos retos que enfrentaban sectores de la juventud: el cuestionamiento de normas morales, de la familia, el nuevo impulso de los temas sexuales, las nuevas expresiones de cultura, el cuestionamiento del consumismo... Esto supuso un creciente descrédito de los PCs añadido al rechazo de las actuaciones de las tropas rusas en la invasión de Checoslovaquia, el comportamiento del PCI italiano como partido «de orden» o la postura mantenida por el PCF frente a la revuelta estudiantil en mayo de 1968. El paso siguiente fue la división de los PCs oficiales y la dispersión de muchos de sus afiliados y simpatizantes en grupúsculos de la nueva izquierda radical.

El gran reto de estos nuevos partidos o movimientos radicales era ofrecer un programa revolucionario coherente para transformar la sociedad. Debía ser realizado por una pequeña «elite intelectual» que con ayuda de la «nueva vanguardia revolucionaria» convenciese a los agentes revolucionarios de la sociedad de la necesidad de realizar la revolución. La tarea de los iluminados de la izquierda revolucionaria era llevar la «luz revolucionaria» a las clases sociales oprimidas que estaban sumidas en las tinieblas de la explotación capitalista de la burguesía y del reformismo del Partido Comunista, para que cumplan el destino que el materialismo histórico les reserva. El momento para llevar a cabo este fin era el adecuado porque existía un movimiento de liberación social y nacional de nivel mundial, como lo demostraban las revoluciones en países de África y América Latina, las luchas contestatarias de los hippies, pacifistas... el Concilio Vaticano II, el rechazo a la intervención de EE.UU. en Vietnam, las revueltas estudiantiles, la primavera de Praga... Para estos jóvenes ha llegado el momento decisivo de la sustitución del viejo orden surgido de la II Guerra Mundial por una nueva sociedad, es el momento de actuar y de cambiar el mundo. Todos ellos se creen parte de un mismo «sujeto histórico», de un «proceso de regeneración» y cambio a escala planetaria.

Toda esta fuerza de la juventud que la izquierda revolucionaria intenta orientar hacia la lucha social, se caracteriza por ser un «proyecto generacional» que tiene algo en común para la mayoría de la juventud de los países: el rechazo a la sociedad adulta donde se tienen que insertar y el intento colectivo por transformarla en profundidad. Como recuerda José M. Roca: «Dicha transformación, que tiene como fin construir el comunismo, comienza con una toma de conciencia a la que sigue una rebelión colectiva que desemboca en una revolución, con la cual se abre una etapa decisiva para abolir la explotación del hombre por el hombre. Esta extrema izquierda sociológica, que —usando una frase de Ortega aparece como «una generación de combate»—, al igual que ocurre en Europa, reacciona contra los presupuestos de su «padre político» —el PCE, al que reprocha haber abandonado la revolución y el comunismo— y busca sus fundamentos doctrinales y morales en el discurso de sus «abuelos políticos» —Lenin, Trosky, Stalin o Rosa Luxemburgo—, mezclándolo con el de sus «antepasados» (Marx y Engels) y con el que ofrecen figuras paradigmáticas de su propio tiempo (Mao Ze Dong, Lumumba, Che Guevara, Camilo Torres, Ho Chi Minh, Malcom X)»¹⁹.

Existe entre estos sectores un «prisma mitificado de la realidad» basado en una ideología, el marxismo, que cumple el papel de responder a todas las dudas y justifica la llamada a la acción: «...cuya función es integradora, pues permite pensar, interpretar la realidad, aglutinar una colectividad (un factor esencial para la pervivencia e identidad de un grupo) y, sobre todo, actuar; es un recurso utilitario, pues, teniendo como objetivo prioritario transformar la sociedad, permite actuar sin necesidad de haber investigado previamente»²⁰. Tenemos entonces una doctrina globalizadora que da respuestas a todas las facetas de la vida y que se presenta como incuestionable —quien tenga otra visión del mundo será descalificado como burgués—, basada en una única interpretación científica posible de la sociedad, el materialismo histórico, y en una visión teleológica de la historia que presenta como inevitable el advenimiento del comunismo gracias a la lucha de una vanguardia que es consciente de este devenir y al cual le dedican su vida.

En Colombia, las diferencias entre las doctrinas ortodoxas del Partido Comunista Colombiano y la «nueva izquierda» con sus postulados heterodoxos llevó a la supresión del monopolio ideológico del PCC y a la fragmentación en pequeños grupos de la izquierda revolucionaria: MOEC, JMRL, FUAR, PRS, ELN, PCML... El Partido Comunista Marxista Leninista, PCML, será el brazo armado del Ejército Popular de Liberación, que ilustra las distintas concepciones de la lucha armada del período. El EPL concibe la lucha revolucionaria de forma distinta del ELN. Para aquel, la lucha armada es una «guerra popular prolongada», un intento de cercar las ciudades desde el campo, inspirado en la experiencia china. Se inclina más por las

19. ROCA, J. M.: «Una aproximación sociológica, política e ideológica a la izquierda comunista revolucionaria en España». En ROCA, J. M.: *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid: Los libros de la Catarata, 1994, p. 36. Los subrayados son nuestros.

20. *Ibidem.*, p. 39.

concepciones maoístas dentro del conflicto del movimiento comunista internacional y asume el marxismo-leninismo como filosofía revolucionaria²¹.

LA INFLUENCIA DE LOS FACTORES EXTERNOS EN EL SURGIMIENTO DE ETA

La influencia exterior es determinante también en el surgimiento de ETA, es la confluencia de la tradición de lucha del nacionalismo vasco con las experiencias de liberación nacional —Argelia, Cuba...— lo que permitirá tomar conciencia de la necesidad de comenzar la lucha armada como vía para la consecución de la causa: la liberación del País Vasco/Euskadi y la revolución socialista. Federico Krutwig lo confirma cuando afirma que,

esta generación vasquista tuvo que formarse sus propios ideales. Del exterior nunca le llegó ninguna savia nacionalista. La fuerza que este sentimiento tenía en el Pueblo Vasco a través de los siglos brotó de nuevo. Y los nuevos hombres buscaron su nutrición patriótica en el ejemplo de otros pueblos, de Israel, de Chipre, de Túnez, de Argelia, de Indochina, de los pueblos que se sacudían el yugo del colonialismo²².

La asimilación de las ideas socialistas por la rama juvenil del Partido Nacionalista Vasco (PNV), uno de los grupos que dará origen a ETA, nace como consecuencia de enfrentar la experiencia vasca con otras de países de África y América; y no tanto, por el resurgir de los movimientos socialistas a partir de finales de los años cincuenta en España. Sin embargo, no era sencillo compaginar los conceptos de «nacionalismo» y «socialismo» en una organización juvenil de un partido históricamente conservador y antisocialista. Para estos jóvenes nacionalistas, estas experiencias —Cuba, el FNL vietnamita...— demostraban que se podía superar en el País Vasco esa tradicional división entre nacionalistas y socialistas. Esta tensión entre Nacionalismo y Socialismo en ETA será uno de los ejes fundamentales en la historia de la organización. Muy pronto se planteó la disyuntiva y el debate interno: para unos la similitud de la experiencia del País Vasco con otras luchas en el Tercer Mundo, suponía identificar este territorio como una colonia española y la lección que estas otras luchas demostraban era que la vía hacia la liberación del país era la lucha armada, una lucha fundada en los modelos argelino, cubano o vietnamita. Para otros miembros de ETA, el País Vasco no se podía identificar con un país del tercer mundo, dado que era la región más industrializada de España; por lo que abogaban por un acercamiento a la clase obrera, con la dificultad añadida de que la mayoría de los trabajadores eran inmigrantes de otros territorios del Estado y estos sectores de la población eran los que menos se identificaban con el

21. CALVO, Fabiola: *Colombia: EPL, una historia armada*. Madrid: Ediciones VOSA, 1996; también se puede consultar VILLARRAGA, A. y PLAZAS, N.: *Para reconstruir los sueños (una historia del EPL)*. Bogotá: Progresar, 1995.

22. SARRAILH DE IHARTZA, Fernando (seudónimo de KRUTWIG, F.): *Estudio dialéctico de una nacionalidad, Vasconia*. Buenos Aires: Norbait, 1962.

nacionalismo vasco. El enfrentamiento terminará en división entre un sector proclive al acercamiento a las organizaciones obreras socialistas, que buscan una estrategia marxista basada en la lucha de la clase obrera, mayoritariamente compuesta por inmigrantes de fuera del País Vasco, y otro sector que defiende seguir la estrategia guerrillera tercermundista.

Las bases ideológicas de la estrategia armada basada en las experiencias de países del tercer mundo fueron condensadas en el libro de Federico Krutwig, *Vasconia*, donde se pretendía adecuar las experiencias de los movimientos de liberación tercermundista a la realidad de una sociedad vasca industrializada, buscando renovar la teoría del nacionalismo vasco tradicional con los aportes ideológicos contemporáneos que ofrecía el marxismo. El texto defendía la idea de que Euskadi era un territorio más oprimido que las colonias sometidas al imperialismo europeo y, por lo tanto, la única vía para la independencia del país pasaba por la guerra de liberación nacional —como había sucedido en los casos con los que se comparaban—, que comenzase con focos guerrilleros que permitieran crear las condiciones para la lucha de masas y la toma del poder. Para Krutwig el proceso que se debía imitar era similar al seguido en Argelia. Para ETA:

La lucha revolucionaria del pueblo argelino por la liberación nacional muestra claramente que la destrucción del aparato del estado francés en Argelia no se logró mediante la destrucción de sus fuerzas armadas. La situación política que se había creado en Francia como consecuencia del proceso revolucionario argelino fue el aspecto principal de la derrota²³.

Muy pronto en los fundadores de ETA surgió la simpatía por los procesos de liberación de algunos territorios tercermundistas, tendencia que se convierte en identificación de la situación de opresión de esos países con Euskadi. De este proceso resulta lo que Gurutz Jáuregui define como «espejismo colonialista»:

De esta identificación de situaciones se deriva inmediatamente una identificación de métodos de lucha. Argelia, Vietnam, etc., son países ocupados por potencias extranjeras. Euskadi, también. Argelia, Vietnam, etc., han iniciado una guerra de liberación nacional. Euskadi debe, asimismo, iniciar su guerra de liberación nacional. El análisis gira, en consecuencia, en torno a este eje elemental y un tanto simple de «situación objetiva de ocupación/respuesta a esa ocupación». Para ETA, Euskadi es un país ocupado; tal afirmación no presenta duda alguna. Si, para llevar a cabo su liberación nacional, otros países ocupados utilizan la guerra revolucionaria como método adecuado, ¿por qué ETA no?²⁴.

23. *ETA: Hacia una estrategia revolucionaria vasca*. Hendaya: Editions Hordago, 1976, p. 193.

24. JÁUREGUI, G.: «ETA: orígenes y evolución ideológica y política». En ELORZA, A.: *La historia de ETA*. Madrid: Temas de hoy, 2000, p. 246.

Para el autor, la adscripción de ETA a las tesis anticolonialistas tiene cuatro motivos:

- a) la existencia de un precedente anticolonialista en el nacionalismo vasco (...);
- b) el hecho de que en el momento del nacimiento de ETA, y salvo en el caso de Irlanda (fácilmente encuadrable, asimismo, en el ámbito del nacionalismo tercermundista, en lo que a sus métodos hace referencia), no existe en la Europa occidental un movimiento nacionalista radical con la suficiente entidad como para aportar experiencias de lucha de liberación nacional; c) el hecho de que tanto el sentimiento anticolonialista como el propio proceso de descolonización se hallan, en el momento del nacimiento de ETA, en su fase más álgida; d) la aparente coincidencia entre la idea de ETA (Euskadi, país ocupado) con la realidad ofrecida por el franquismo, que mantiene una política de opresión y ocupación real y efectiva del País Vasco desde el final de la contienda civil²⁵.

Esta superposición de situaciones lleva, a lo largo de la historia de ETA, a copiar ideologías, tácticas, métodos... Los ejemplos van desde los intentos de crear una organización cerrada al estilo del Irgum israelí, a la organización de ETA en *herrialdes* al modo de las *wilayas* argelinas aunque ello no tuviese nada que ver con los territorios históricos; hasta la aprobación en la V Asamblea del modelo de estructura política de Truong Chinh que dividía la organización en cuatro frentes —económico, político, cultural y militar—... Otro referente directo fue Irlanda, con la que siempre el nacionalismo vasco radical se ha intentado identificar dada la resonancia internacional del caso irlandés. Desde el comienzo de ETA la conexión es estrecha, primero con la figura de Gallastegui, quien a través de su familia paterna mantenía contacto con el IRA y que sirvió para la formación guerrillera de los primeros comandos, como fue el caso del propio Gallastegui, Amézaga, Isasi o Escauriaza en el año 1961. Los lazos entre el contexto internacional y ETA parecen estrechos.

CONDICIONES FAVORABLES INTERNAS EN COLOMBIA PARA EL SURGIMIENTO DE LA GUERRILLA

En Colombia, el mito del guerrillero difundido por la Revolución Cubana, el ejemplo a seguir, encontró un terreno abonado para su germinación. Las guerrillas liberales de los años cincuenta fueron una experiencia temprana que favoreció el posterior surgimiento de las guerrillas de carácter socialista o comunista. Las guerrillas de los años sesenta encontraron —y buscaron expresamente, territorios donde las guerrillas liberales habían sido importantes— regiones y grupos sociales con una larga tradición de lucha, donde pudieron insertar fácilmente sus proyectos de focos insurreccionales; enlazando las nuevas doctrinas ideológicas marxistas con los lazos de solidaridades que los campesinos habían construido en su lucha contra los terratenientes. Por otro lado, las condiciones interiores del país

25. *Ibidem*, p. 245.

favorecieron la implantación y consolidación de los proyectos insurgentes, como recuerda Eduardo Pizarro:

El impacto del Frente Nacional y de la temprana militarización de la izquierda sería profundo: al frustrar las posibilidades de emergencia de una izquierda democrática, se creó el clima para el desarrollo ampliamente mayoritario de una izquierda extraparlamentaria y conspirativa. La nueva era de violencia tendría como origen no sólo la Revolución Cubana y su efecto de demostración, como en el resto de América Latina. El sistema cerrado del Frente Nacional la incubó tanto o más que otros factores, ya que sirvió para prolongar la tradicional «cultura de la intolerancia». Ésta comenzaría a ejercitarse ya no sobre el partido tradicional excluido del poder, sino sobre las fuerzas opositoras al bipartidismo convertido en el partido del orden²⁶.

Caraballo, dirigente del EPL, recuerda también los factores que influyeron en el nacimiento de nuevas fuerzas guerrilleras en los años sesenta:

Son varios aspectos los que influyen: el triunfo de la Revolución Cubana, posteriormente la lucha urbana que desarrollan revolucionarios venezolanos y otras influencias externas que, unidas a la experiencia de lucha del pueblo colombiano, traen consigo un desarrollo progresivo de la lucha armada o por lo menos la búsqueda de ese camino para responder a la violencia que implantaba y desataba la oligarquía de nuestro país²⁷.

La izquierda revolucionaria de los años cincuenta y sesenta retoma la tradición de lucha de los conflictos sociales que perduran en un territorio concreto y los hace confluír, los «nutre» con las aportaciones teóricas e ideológicas de tres fuentes: el marxismo, su versión de guevarismo y la Teología de la Liberación. Del marxismo tomaron la concepción de análisis de la sociedad y su visión del desarrollo «inevitable» de la historia —materialismo histórico—, que suponía el punto de llegada en una sociedad socialista, igualitaria... Como consecuencia desarrollaron la idea marxista de las «condiciones objetivas para la realización de la revolución» en cada país, llegando a la conclusión de que estas condiciones existían y que sólo faltaba la consolidación de las «condiciones subjetivas» que tenían que aportar una vanguardia revolucionaria, verdadero faro del pueblo para el triunfo de la revolución. Éste era el objetivo de la creación de organizaciones armadas como ETA o ELN.

Frente al aporte del marxismo como herramienta ideológica con la que interpretar la sociedad y la lucha, la Teología de la Liberación²⁸ aportó la actitud que este tipo de lucha tenía que representar para las personas comprometidas. Esta corriente de pensamiento cristiano, que reinterpreta los textos bíblicos y la doctrina de la Iglesia Católica haciendo una clara opción por los pobres, surgió a partir del

26. PIZARRO LEONGÓMEZ, Eduardo: *Las FARC...*, pp. 159-160.

27. CALVO, Fabiola: *Colombia: EPL...*, p. 33.

28. Para profundizar en este tema es interesante consultar la obra de IBÁÑEZ LANGLOIS, J. M.: *Teología de la liberación y lucha de clases*. Madrid: Ed. Palabra, 1985.

Concilio Vaticano II (1963-1965) alcanzando sus formulaciones teóricas más consistentes en la Conferencia Episcopal Latinoamericana de Medellín de 1968 —y posteriormente, en Puebla en 1979—. Estas concepciones doctrinales tendrán un gran impacto en la izquierda revolucionaria, especialmente en Latinoamérica pero tendrá una influencia destacada también en ETA. Su visión de la realidad como una lucha por construir unas mejores condiciones de vida a través de la consecución de la revolución social coincidirá con la visión de la teología de la liberación de crear el Reino de Dios en la tierra al lado de los pobres. El cristianismo era un cuerpo de doctrinas coherente y desarrollado que podía aportar a la naciente revolución un marco ético con el que enfrentar la dimensión personal de la lucha. Así podemos encontrar más que coincidencias semánticas entre categorías como el pueblo dominado marxista con el pueblo oprimido cristiano; la liberación del pueblo contra la explotación se puede asimilar con la liberación del pueblo pecador; el fin último de la lucha del cristiano y del marxista parece coincidir en la búsqueda de un mundo sin opresión, donde abunda la justicia, la solidaridad y el amor entre los pobres, entre el pueblo y esta lucha es contra un mismo enemigo la oligarquía, los ricos, los señores. Existe una clara conjunción entre la doctrina y la ética propuesta por el marxismo y por la Teología de la Liberación, elemento que explica el abundante compromiso y militancia de curas y cristianos en las organizaciones armadas. Ambas concepciones se alimentaron mutuamente hasta identificar en muchos casos al ideal de guerrillero con la conjunción de las figuras de militar y sacerdote. Un ejemplo es el aragonés Manuel Pérez.

Todo este bagaje doctrinal e ideológico se confrontó con el referente que significó la victoria de la Revolución Cubana y de la figura del «Che» Guevara. De él se toman, además de su estrategia de lucha para la toma del poder —la concepción de foco—, su visión del revolucionario como un «hombre nuevo», un ejemplo de compromiso social donde la labor de todo revolucionario es «hacer la revolución», como «Che» demostró con su experiencia personal de lucha en Cuba, África y Bolivia. Este pensamiento impactó mucho en las nuevas generaciones de jóvenes revolucionarios de todo el mundo y conformó, en muchos casos, el «cuerpo moral-doctrinal» que orientará la lucha revolucionaria de estas organizaciones armadas.

Tanto en el Magdalena Medio Santandereano como en el País Vasco/Euskadi, los factores externos son determinantes para que un sector de la población tome conciencia de que existen posibilidades para la toma del poder por la vía de la lucha armada; y se sirven del bagaje intelectual aportado por el marxismo, el guevarismo y la Teología de la Liberación, para hacerlo confluir con una larga tradición de lucha de las gentes de estos territorios. Todo ello, sin olvidar que existen unas claras condiciones internas que favorecen la implantación y consolidación de los proyectos insurgentes de ETA y ELN.

EL SURGIMIENTO DEL ELN EN COLOMBIA

¡Se metió la chusma!, ¡Se metió la chusma! Gritaron en la mañana del 7 de enero de 1965 los habitantes de la cabecera municipal de Simacota, un pueblo santandereano perdido en las estribaciones de la cordillera de Los Cobardes, cuando vieron bajar a treinta hombres armados con revólveres, escopetas, carabinas y machetes. Así comenzó la primera acción armada del ELN, cuando un grupo guerrillero integrado por veintiséis hombres y una mujer —Paula González Rojas, «Mariela»— entró en Simacota después de acabar con la presencia policial.

Pero todo había comenzado unos años antes, en 1962, cuando sesenta jóvenes colombianos viajaron a Cuba para continuar sus estudios gracias a las becas ofrecidas por este país. Entre ellos se encontraba Víctor Medina Morón enviado por la dirección del Partido Comunista, estudiante de la Universidad Industrial de Santander y destacado miembro de las Juventudes Comunistas de Santander. Recordemos que el 2 de enero de 1959 Fidel Castro había entrado en La Habana e impuesto un Gobierno Revolucionario. En octubre de 1962 se produjo la «crisis de los misiles rusos» y el consiguiente bloqueo militar de la isla por parte de EE.UU. Algunos de los estudiantes colombianos resolvieron quedarse en la isla, en concreto veintidós, y organizarse constituyendo la Brigada Pro Liberación José Antonio Galán, verdadero germen del ELN. Estos hombres decidieron volver a Colombia y crear un «foco guerrillero» que se convierta en la vanguardia revolucionaria, en el motor de la revolución que provocará posteriormente una insurrección general contra el Estado y creará una nueva sociedad, como había sucedido en Cuba. El foco insurreccional fue el elemento que caracterizó el surgimiento de la mayoría de las organizaciones armadas socialistas en la década de los sesenta, entre ellas ETA y ELN. Sus postulados se basaban en los «Principios generales de la lucha guerrillera» expuestos por Ernesto «Che» Guevara.

Ese primer núcleo de cuadros políticos preparados para impulsar el surgimiento del ELN estaría compuesto por siete hombres: Víctor Medina, Fabio Vásquez Castaño, Ricardo Lara Parada, Heriberto Espitia, Luis Rovira, José Merchán y Mario Hernández. Con este grupo base, con los contactos establecidos, con los grupos de apoyo urbanos y rurales y con la zona de operaciones decidida, se inició el 4 de Julio de 1964 la Primera Marcha Guerrillera o lo que se conoce como el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional. Una vez constituida la Brigada Pro Liberación José Antonio Galán, se pusieron la tarea de crear todo un imaginario, una mística revolucionaria y una ideológica coherente para el grupo, paso necesario para la consolidación de un movimiento social, fundamental para justificarse así mismo y para lograr una fuerte cohesión interna, indispensable en todos los grupos de características clandestinas.

Todo proyecto político pretende captar las conciencias de las personas para que éstas se unan al objetivo de su lucha con su energía y su compromiso individual, pretende incidir en las fibras emocionales de los individuos y del grupo social y dirigir las pautas de éstos. En el caso de los proyectos revolucionarios se apoyan

en una «moral revolucionaria», reflejo de unos imaginarios sociales que se construyen de la confluencia de dimensiones sociales y psíquicas, que conforman un cuerpo teórico-ideológico que organiza los objetivos y principios del grupo —la doctrina— que orienta las normas y valores que asumen los miembros del grupo.

Este «reino» de lo pensable, de los imaginarios sociales, es fundamental en todas las agrupaciones sociales; pero, especialmente, destacable en el caso de organizaciones armadas. Este mundo simbólico proporciona sentido a la causa por la que se lucha e identifica un «nosotros» frente a un enemigo común, frecuentemente el Estado y las fuerzas de seguridad de éste. Existe con la «construcción» de este reino una clara «voluntad de diferencia», se busca marcar límites con los «otros»; y son estas fronteras simbólicas las que dan existencia propia a ese «nosotros» diferenciador. Ese «universo simbólico», construido o reconstruido a base de una «tradicción simbólica» anterior, se convierte en el «centro orientador», en la referencia central del colectivo que participa y que se adhiere a él. Estos imaginarios sociales son vitales para los miembros de estos grupos sociales porque se constituyen en los «filtros» desde los que se interpretará la realidad social y será un elemento clave a la hora de analizar la imagen diferencial que este colectivo social posee de sí mismo y de la sociedad que lo rodea.

Las organizaciones armadas se expresan colectivamente a través de actos rituales cargados de una enorme significación y una funcionalidad específica para el grupo. Esta «utilización ritual del espacio público» tiene una importancia especial para estas organizaciones porque dotan de cohesión al colectivo y plasman un sentimiento de solidaridad grupal entre los militantes. Los rituales surgen como una necesidad de reproducción de las premisas y creencias del grupo, son una rememoración que da legitimidad a la lógica colectiva, a la causa revolucionaria y es esencial para hacer visible —al interior y exterior del grupo— la permanencia de una problemática política y social específica que se intenta resaltar y que se conecta con un contexto histórico concreto. Con todo ello, se consigue crear un modelo interpretativo común de la realidad social para todos los miembros, un sustrato que se realimenta y fortalece gracias a los rituales simbólicos de la organización. Se forma una «centralidad simbólica» ostentadora de la pureza de la causa, convirtiendo a ELN o ETA en el reducto irredentista de la revolución; creando la percepción de una sociedad polarizada al extremo, donde sus miembros se dividen en dos categorías inflexibles: «con nosotros» o «contra nosotros». La legitimación de la lucha se basa en recordar los contextos sobredramatizados donde el «enemigo» actúa como fuerza represora, antidemocrática... con lo que se justifica el uso de la violencia como método de lucha política. Así, los ritos y acciones de la organización se presentarán como demostración de que el «pueblo» rechaza el sistema político impuesto.

La importancia de todo este acumulado de imaginarios sociales es destacada porque, como podemos comprobar con el paso del tiempo, las condiciones estructurales han cambiado —llegada de sistemas políticos democráticos, mejora de condiciones sociales de la población...; sin embargo, hay gente dispuesta a pegar un

tiro en la nuca a otra persona para salvar la patria o la revolución; lo que demuestra que mientras no cambien estos imaginarios sociales, la percepción que tienen estas personas de la realidad, la violencia armada no terminará.

Pero hay otras causas en el surgimiento de estas organizaciones armadas además de lo que hace unos años se conocía como «causas subjetivas». Son las causas estructurales que podemos dividir en dos grupos: factores internos y externos. En los factores externos destacan las causas de la división de la izquierda internacional con el surgimiento de la «nueva izquierda» o «izquierda revolucionaria», el ejemplo que suponen el éxito de la Revolución Cubana, de las guerras de liberación en Argelia... Los factores internos hacen referencia a la falta de legitimidad del Estado, la represión interna, la lucha por la tierra y los recursos naturales, la tradición de lucha de la población... La relación entre unos y otros la representamos con la metáfora de «la chispa que enciende la pradera». Así, una de las hipótesis que estamos defendiendo en nuestro trabajo es que en el nacimiento del movimiento armado eleno incidieron tanto factores internos como externos, pero fueron estos últimos fundamentales y los que nos pueden explicar la emergencia en muchos países del planeta del fenómeno de la violencia política en la década de los años sesenta. Los factores externos o el ambiente internacional sería la chispa, la que haría tomar conciencia de las posibilidades de éxito a las organizaciones socialistas o comunistas; y que prendería en unas condiciones internas favorables —la pradera—, tanto por la deslegitimación del sistema político como por la situación económico-social de la mayoría de la población o por las condiciones geográficas del país que permitían una práctica óptima para la guerra de guerrillas.

Los factores internos —de carácter nacional— fundamentales en el surgimiento del ELN y de otros grupos insurgentes en Colombia serían:

1. Crisis del sistema político colombiano, crisis de legitimidad. Asociado al uso de la violencia como forma de acceder a cotas de poder —tanto político como económico o social—. Por ello, existencia de una larga tradición de lucha en muchos sectores de la población.
2. Lucha por el control de los recursos naturales y de forma especial, el conflicto por la posesión de la tierra. Asociada a ella, el problema de la colonización.

El primer punto haría mención al conflicto político —causas políticas— vivido por el país y el segundo al conflicto económico —causas económicas—. Los dos estarán estrechamente unidos y explican la profundidad de la crisis que asola Colombia durante el siglo XX.

La desigual distribución de la propiedad de la tierra se ha convertido en uno de los ejes históricos que han articulado la construcción del Estado nacional en Colombia y en otros países latinoamericanos. El proceso de construcción del Estado-nación se ha realizado en el marco de un sistema jurídico-político que ha garantizado la hegemonía de un sistema bipartidista como eje de la vida política nacional, lo que ha supuesto la participación mediatizada y subordinada de la

mayoría de la población a un sistema que ha privilegiado a los grandes propietarios de la tierra y, posteriormente, a los grandes capitalistas del país. Este estrecho sistema político reducía el acceso de la mayoría de la población a la democracia y frustraba sus expectativas y, por el contrario, mantenía los privilegios de las clases acomodadas de la sociedad y de terratenientes, apoyados en un beneficioso marco jurídico-político o en la política represora de las fuerzas armadas del Estado.

Mucha población campesina ve la forma de actuar por la vía armada como una manera, tal vez la «única», de expresar sus demandas sociales y políticas; una forma de acceso a la condición de ciudadanía que reiteradamente el sistema bipartidista les ha negado. El apoyo de la guerrilla a las reivindicaciones de los campesinos les asegura las simpatías de este sector de la población a su proyecto revolucionario y la cantera de nuevos guerrilleros. Así, existe una clara simbiosis entre el problema agrario y los conflictos políticos y sociales planteados por la guerrilla. La conclusión es que existe una clara imbricación entre el problema agrario, la colonización del país, el problema del Estado y el surgimiento de la guerrilla.

El elemento fundamental en la historia política de Colombia hasta nuestros días es que la formación del Estado-nación ha estado estrechamente unido al desarrollo del régimen político bipartidista. Para mantener el monopolio sobre el Estado por parte de los dos partidos tradicionales se tuvo que recurrir al cierre del sistema político frente a otras alternativas sociales o políticas que les pudiesen arrebatar sus privilegios. Pero era necesario darle legitimidad al nuevo sistema a través de procesos electorales y el siguiente paso era controlar las elecciones para mantener el poder: los partidos liberal y conservador se tenían que transformar en «empresas electoreras» ayudadas en formas clientelistas y en la «maquinaria del partido» para conseguir el mantenimiento de ese bipartidismo. Todo ello, apoyado en la represión de los posibles conflictos sociales, el Estado de Sitio o la represión militar. Con el Frente Nacional no asistimos al final de la cultura de intolerancia, al sectarismo o a la intransigencia partidaria, sino a un desplazamiento de esta «cultura política tradicional» del enfrentamiento entre partido liberal y conservador, a la lucha del «establishment» contra otras opciones políticas, entre ellas la insurgencia armada.

La estrechez del régimen político colombiano durante el Frente Nacional fue fundamental en el desbordamiento del marco político, derivando éste hacia caminos de violencia armada; esto no era nada novedoso, ya que este hecho había sido una constante en la historia política de Colombia. Pero este factor no es suficiente en la explicación de la extrema radicalización de las posturas políticas enfrentadas en los años sesenta. Esa izquierda que se desarrollaba por fuera del sistema político fue, también, responsable de esta radicalización. Existió una «autoexclusión» de amplios sectores de la izquierda colombiana, que abogaban más por la «revolución» que por las posturas que se pudiesen encauzar por el sistema político vigente, rechazadas éstas con el término peyorativo de «reformista»; fue una constante el desprecio por esa «democracia burguesa». En estos años lo decisivo era el «medio» para conseguir la revolución social y ese medio era la lucha armada contra esa «sociedad capitalista» y sus guardianes: la «oligarquía nacional y su sistema político excluyente del

Frente Nacional»; en esta concepción pesaban mucho los imaginarios sociales derivados de la absorción en la izquierda colombiana de otras experiencias revolucionarias. La tarea esencial de los militantes de izquierda era «hacer la revolución», y hacerla ya, directamente, sin distraerse en luchas políticas dentro de los partidos tradicionales. Con ello, se extendió el uso de la violencia como método de lucha política en Colombia hasta nuestros días, en un «remolino ciego de violencias encontradas», en una elipse que no para de crecer y de sorprendernos por su intensidad.

Así, el ELN, retomando todo este acumulado de memoria y tradición de lucha, surge con un primer núcleo que se nutrió fundamentalmente de tres sectores de izquierda: en primer lugar, jóvenes liberales descontentos con el Partido Liberal y con el sistema político, aglutinados alrededor del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL) y de su sección juvenil (JMRL), gente tan importante para el futuro del ELN como los hermanos Vásquez Castaño o Ricardo Lara Parada; en segundo lugar, miembros del Partido Comunista Colombiano (PCC) descontentos con la política oficial del partido, es el caso de Víctor Medina Morón, Heriberto Espitia, Heliodoro Ochoa o Libardo Mora Toro; y, por último, miembros destacados del movimiento estudiantil como Jaime Arenas o Julio César Cortés. Este núcleo seleccionó al Magdalena Medio santandereano para comenzar su revolución armada, con la idea clara de intentar conectar este nuevo movimiento con los tejidos de solidaridades personales y los apoyos regionales que la población había construido a través de su experiencia histórica de lucha social.

Los fundadores del ELN intentaban contactar con esa memoria histórica de la población y con esas redes interpersonales, esa semiorganización que había permitido a la población de la región sobrevivir a la represión. La implantación de la guerrilla se adapta a las estructuras primarias, de familiares, de amistad o de vecindad, siendo estas «redes informales» las que influyen más que las propias «relaciones de clase» en la ubicación y compromiso de los individuos dentro del fenómeno de la violencia política. Tanto ETA como ELN serían la conexión y continuación de unas luchas sociales anteriores a ellos, cubiertas con el «vestido de moda de la revolución» de los años sesenta y este hecho es el que explica que una vez que el vestido se ha pasado de moda, que se ha quitado la «máscara del socialismo», continúe el conflicto de fondo o estructural.

En el surgimiento de este primer grupo del ELN encontraríamos la voluntad política de carácter nacional de realizar la revolución socialista en Colombia a través de la toma armada del Estado, siguiendo el ejemplo de otros pueblos como el cubano; con la necesidad de los campesinos de San Vicente de Chucurí de colonizar nuevas tierras. El surgimiento del ELN es el entrecruzamiento de distintos niveles, diferentes procesos sociales o políticos, vidas personales y una memoria histórica. Es la voluntad de unos hombres y mujeres comprometidos socialmente por el peso de una tradición de lucha por la libertad y la supervivencia que crearán la historia del ELN, en unas condiciones —internacionales, nacionales, políticas, económicas, sociales, culturales...— que les sobrepasan y que les condiciona de distinta manera.